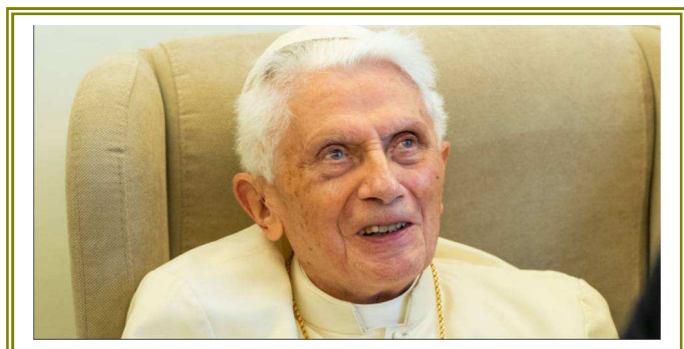


# EL CUERPO HUMANO, HUMILLADO Y GLORIFICADO

Semilla 028



La glorificación del cuerpo es una de las banderas de la nueva progresía: sus señas de identidad son el culto al cuerpo, la liberación sexual y el dogma “el cuerpo es mío”. Su misión es “liberar” al cuerpo de la humillación a la que ha sido sometido por el cristianismo. **Benedicto XVI**, en su encíclica “Dios es amor”, nº 3,

afronta el problema: “El cristianismo, según **Friedrich Nietzsche**, habría dado de beber al *eros* un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio. El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?”.

La misma encíclica, en el nº 5, responde a esta equivocación y coloca al cuerpo en su exacto lugar: “El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del *eros* puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo **Gassendi**, bromeando, se dirigió a **Descartes** con el saludo. “Oh Alma!”. Y **Descartes** replicó: “Oh Carne!”. Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente como una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor –el *eros*- puede madurar hasta su verdadera grandeza”.

La glorificación del cuerpo que hace la Iglesia supera los ilusionados cantos que la modernidad entona para un cuerpo que, según entienden, al final se perderá en la nada. La fe cristiana, al contrario, nos invita a proclamar ¡“la resurrección de la carne”!. Algo verdaderamente original y decisivo. Dice el **Catecismo**, nº 996: “Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendimientos y oposiciones. “En ningún punto de la fe cristiana –dijo **San Agustín**- encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne”. Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero, ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?”.

La verdadera gloria del cuerpo la canta **San Pablo** (1 Cor 6, 13-20): “El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... No os pertenecéis... Glorificad, por tanto, a Dios con vuestro cuerpo”.



**Félix de Azúa** escribió en EL PAIS, el 21 de junio de 2000, estas palabras: “Católicos, no os dejéis arrebatarse la Gloria de la carne, no os hagáis hegelianos. Que, sobre todo, el cuerpo sea eterno, es la mayor esperanza que se pueda concebir y sólo cabe en una religión cuyo Dios se dejó matar para que también la muerte se salvara. Quienes no tenemos la fortuna de creer, os envidiamos ese milagro, a saber, que para Dios (ya que no para los hombres) nuestra carne tenga la misma dignidad que nuestro espíritu, si no más, porque también sufre más el dolor. Rezamos para que estéis en la verdad y nosotros en la más negra de las ignorancias. Porque todos querríamos, tras la muerte, volver a ver los ojos de las buenas personas. E incluso los ojos de las malas personas. En fin, ver ojos y no únicamente luz”.

Florentino Gutiérrez. Sánchez Sacerdote

Salamanca, 10 de abril de 2006